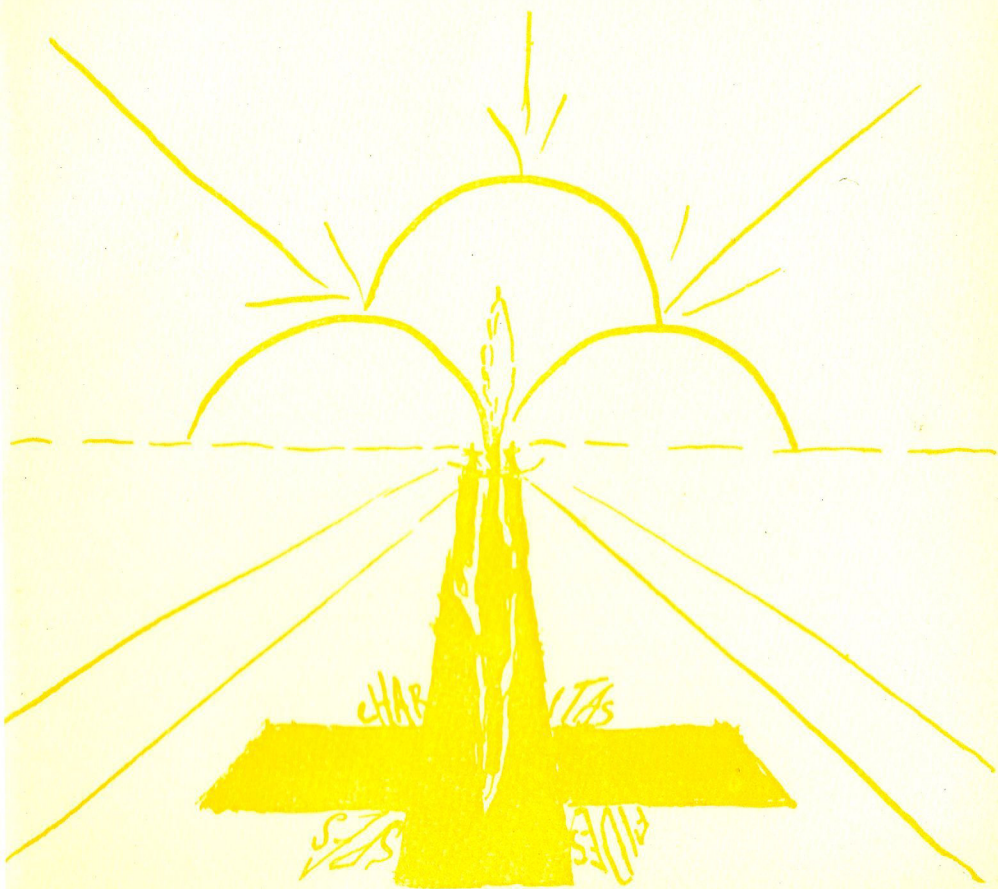


JUAN FRANCISCO GIACOBBE

BALADA
DEL PATRIARCA CIEGO



BALADA
DEL PATRIARCA CIEGO

JUAN FRANCISCO GIACOBBE

**BALADA
DEL PATRIARCA CIEGO**

MOTIVACION

De vuelta del triunfo evangélico de Tierra Santa, Francisco de Asís va ascendiendo en la ruta mística de la contemplación, a la par que procede en la ruta dolorosa de la ceguera.

Al pisar las playas de Italia, ya sabía, en su corazón de patriarca, que excepto algunos hermanos, los hombres habían sido desleales a las normas de la pobreza de su Orden, y que sólo un alma fuerte y soberana había permanecido en la rectitud de la observancia. Esa alma, toda amor votado al bien, toda sacrificio votado al perdón, toda entrega votada a la expiación del mal del mundo, era Clara de Asís, que, aislada en su piadoso convento de San Damián, hundía la voluntad de sus días y sus noches en la más alta plegaria y en la más gozosa pobreza, entre el concierto de sus hermanas descalzas.

Francisco de Asís volvía a Italia con el sentimiento entre la serena amargura por la debilidad de los hombres, y la luminosa confianza por la denodada fidelidad de las clarisas; pero, consecuente con su voluntad de no enjuiciar la acción de nadie, se encerraría en el silencio más bondadoso, sin recriminar a los unos ni elogiar a las otras. Seguiría, como nunca, las rutas ascensionales del silencio, hasta llegar al momento excepcionalmente dramático y único en los anales de la naturaleza humana, de la identificación con Cristo en la Noche de los Estigmas del monte Alvernia.

Desde allí, crucificado y enceguecido, quemado en todas las dimensiones del sér por las luces del amor celeste, y aceptando en la impotencia de su carne la anticipación revelada del Paraíso, Francisco se vuelve a Clara — la esposa santa en Cristo y de Cristo; la eterna inmolada a la oración expiatoria —, para confiar la inmensidad de su milagro y para hallar un dulce consuelo en los últimos sufrimientos terrenales.

Las manos de Clara — manos de mujer santificada ya en la carne — ofrecen a las llagas de Francisco la dulzura lenitiva de sus bálsamos y la ternura elocuente del silencio amoroso de la

admiración devota y amorosamente femenina. El signo sacrificial de la amiga, de la hermana, de la esposa mística, y aún más, el signo sacrificial de la identidad de la fe, de la certidumbre de la esperanza y de la eternidad del amor, se dan en Clara como el más alto signo de la singularidad de la mujer en los destinos de la vida misteriosa y signada del hombre.

Y allí, en el huertecillo de San Damián, bajo la peregrina custodia de Clara, entre dolores atroces, Francisco lanzará a la belleza de las edades del sentimiento su cántico a FRATE SOLE, mientras el cielo le sublima en fuego las entrañas espirituales, y las ratas asaltan su carne en los momentos de soledad.

Pináculos sobre el dolor del mundo, Francisco y Clara se levantan por entonces sobre las voces que llegan desde todas las direcciones del poder y del sufrimiento, como las dos alas concordantes de una piedad que tiene como única solución y único consuelo, la difícil misión del silencio.

Los versos que siguen, motivados en tales momentos, no tienen fuente histórica. Deducidos de la piedad y de la mística franciscana, tratan de recomponer aquellos momentos ideales, en los cuales Francisco, ya santo para el mundo circundante, se halla ciego y estigmatizado en San Damián, bajo el ala pacífica e infinitamente cordial de Clara.

Formas diversas del bien y del mal del mundo llegan hasta él. El — oyente del Verbo celestial — quedará abstraído en su silencio, para hablar solamente ante la desgracia y el dolor, y decir su última palabra de despedida a Clara sobre los misterios de la visita de lo Alto al corazón que ha puesto su voluntad en la renuncia y su amor en Cristo.

El autor no se anima sino a transcribir las líneas que encabezan *La vida descalza*, aquellas que dicen:

“Por razones graciosamente imperativas de amor; por razones de amor al mismo amor y por ingenua razón de un inevitable amor al bien de la belleza santificada, el autor pide disculpas por todo aquello que, contra su voluntad, hubiese de osadía en sus propósitos y en la invención de sus motivos.

”Y todo sea, según lo quería el Caballero Seráfico, en paz y en bien”.

VALE

I. - EL CIEGO Y LA TIERRA

El narrador.

Público hermano, la escena se empina en el aire diáfano, como si el cielo y la tierra quisieran darse la mano, en un paisaje de alturas por ángeles señalado con muchedumbres de olivos y esplendideces de pámpanos.

Todo está vivo y bien cerca, en un reposo tan claro, que da el sentido el mensaje de ser un paisaje santo, o por lo menos que alguien que en él está reposando tiene ya puestas las alas y, sin verlo, está volando.

Es la hora repartida de la amplitud del ocaso en la dulzura dichosa de una luz que va despacio.

Una voz.

En un recodo de historia,
en el huerto emocionado,
reposa el Hermano ciego
en su rezo deslumbrado.

La voz de una niña.

Las mariposas se duermen
en la bondad de su sayo,
y las golondrinas sueñan
rutas de bienes descalzos.
Y el lobo antiguo del tiempo,
hecho su cordero manso,
le acaricia el abandono
y lo sigue en su desmayo.

Una voz.

Las rosas blancas del cielo
se acomodan en sus manos,
y hay una paz sin olvidos
en el recinto aromado.

El historiador.

Lo han traído desde lejos:
desde el concilio más alto
de las Seis Alas de fuego
del más alto Enamorado.

Una voz.

Lo han traído desde lejos:
desde el místico rebaño,
con un beso del Pastor,
que en sangre lo ha coronado.

El historiador.

Lo han traído desde lejos:
desde el misterio signado
por voluntades eternas
en el amor renovado.

Una voz.

Lo han traído desde lejos:
desde el bien crucificado
en la noche que enarbola
el paraíso franqueado.

Y en su recodo de historia,
y en ceguera deslumbrado,
sigue el caballero dulce
la eternidad contemplando.

La voz de una niña.

Arriba está el aire tenue,
cual si estuviera escuchando
lo que el secreto pronuncia
en el corazón callado.

Una voz secreta.

Como un ala del silencio
apoyada en el espacio,
desde un cariño de altura
Clara lo está contemplando,
como si fuera la flor
abierta de un mismo pálpito;
él latiendo junto al suelo,
viviendo en ella en lo alto.

El narrador.

Desde las rutas del día,
desde el valle del cansancio,
van llegando labradores
con herramientas de canto.

Los labradores.

El trigo se queda atrás
del tiempo que lo ha espigado.
Se cae en su propio suelo,
en su descanso dorado.

Las labradoras.

Preciosidades del lino,
azul de azul perfumado;
hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Los labradores.

El fruto se queda atrás
cuando lo arranca la mano,
y sigue siendo esperanza
en la riqueza del árbol.

Las labradoras.

La flor se duerme en sí misma,
tejiendo su propio paño,
y va tramando el ensueño
de un futuro embalsamado.

Todos.

Dejad a la flor y al fruto
felices en su verano:
los ángeles segadores
harán guirnaldas y ramos.

El narrador.

Ya por las cuestas del día
hasta el huerto se han llegado,
y desde afuera del día
al Ciego van contemplando.

Una mujer.

Deja que te suba, hijo,
hasta el borde del manzano,

para que puedas mirar
la bondad clara del Santo.

El narrador.

Las madres suben las flores
de la niñez en los brazos,
hasta el borde de las ramas,
para que vean al Santo.

Los niños.

¡Ay, madre! ¡Qué solo está
tan afuera del verano,
como una parra de invierno
sin racimos y sin pámpanos!...

Las madres.

¡Hijo, no mires así!...
Es que Dios lo ha vendimiado,
y está destilando el vino
para su festín sagrado.

Las niñas.

¡Madre, qué alejado está
en su país tan extraño,
con sus manos escondidas
y sus bellos pies vendados!...

Las madres.

Tanto se arrancó de sí,
y tanto el cielo ha buscado,
que las manos y los pies
se le han quedado llagados.

Los viejos silenciosos.

Subió hasta arriba del grito.
Bajó hasta el fondo del llanto.
Y preservó de la muerte
la Vid que estaba en gusano.

Un día se desnudó
ante el Señor soberano,
y nos dijo que Jesús
era, pobre, nuestro hermano.

Nos puso luces de fiesta
en la miseria, cantando,
y dijo que hay una paz
que en Dios nos está esperando.

Las abuelas.

Alabó el dolor sufrido;
santificó los harapos,
y dijo que la alegría
a Dios nos va conformando.

Los niños.

¿Por qué está solo?... ¡Tan solo,
tan afuera del verano,
como una parra de invierno
sin racimos y sin pámpanos!...

¿Y por qué Dios lo recuesta
sobre un silencio llagado?

Las niñas y los niños.

¡Ay, madre, qué gran silencio
llega del fondo del Santo!...

Las madres.

La flor se duerme en sí misma,
tejiendo su propio paño,
y va tramando el ensueño
de un futuro embalsamado.

Los niños.

Si es por quedarse tan solo,
madre, ¡no quiero ser santo!

Los labradores.

El fruto se queda atrás
cuando lo arranca la mano,

y sigue siendo esperanza
en la riqueza del árbol.

Una voz del misterio.

Dejad a la flor y al fruto
felices en su verano:
los ángeles segadores
harán guirnaldas y ramos.

El narrador.

Ya han descargado los niños,
y en corros se han separado,
y han dejado en el sendero,
las herramientas del canto,
porque, sin ser advertido,
llegó el ángel renegado,
y ha puesto en cada inocencia
su veneno insospechado...
Y así habla el labrador
que es el ángel renegado.

El ángel renegado.

Si hizo tanto bien al cielo
y tanto bien al creado;
si se repartió en bondades
hasta quedarse llagado;
¿por qué le paga así Dios?

¿Por qué la luz le ha cegado,
devolviendo bien por mal,
como si fuera pecado
corregirle su injusticia,
en el mundo contrastado?...

El narrador.

Grandes filos de silencio
se abrieron a su costado.
Las mentes pobres pensaban,
vagas razones pesando.

Y el ángel destituído
seguía su curso de engaño.

El ángel renegado.

O es mentira que hizo el bien
y vivió sólo en pecado,
y por su engaño y su error
su propio Dios lo ha cegado,
o ese Dios es envidioso
de quien lo va proclamando,
y paga con gran castigo
la soberbia de ser santo.

El narrador.

En la hondura de las almas
el amor se iba afinando,

desenvainando defensas
para el misterio infamado.

Hubo sonrisas piadosas
en los rostros trabajados
por la guadaña del tiempo
y la experiencia del llanto.

Y el coro de las bondades
dijo su juicio sensato.

El coro de los ancianos.

La poma que está brillando
en el orgullo más alto,
no es la que más enarbola
la eternidad de su árbol.
Tendrá que caer al suelo,
abrirse en rotos pedazos,
para volver a ser algo
que la devuelva al misterio
del árbol fructificado.

Véte a aprender de las cosas
ingenuas, lo revelado
por el consejo de Dios,
y aprende el signo del Santo:
de la virtud más hundida
nace el regalo más alto.

El narrador.

Y por fuerza del consejo
renació en la burla el canto
contra el falso labrador
que era el ángel renegado.

**Primer semicoro
de labradores.**

Como el rey del alcornoque
seas siempre celebrado,
mala voluntad de corcho
en mala corriente andando.

Segundo semicoro.

Como rey del alcornoque
seas siempre coronado:
querrás tocar lo profundo,
mas te pudrirás flotando.

Los coros.

Decid un Ave a la estrella,
y un Páter, profundo, al Santo.

El narrador.

Ya el corazón de los campos
en fervor se ha arrodillado,
y ha puesto sobre el silencio
su silencio concentrado.

Otra voz.

Ya la cruz se ha repartido
en final de lo rezado,
y en aquietados adioses
se vuelve el campo a su campo.

El narrador.

Por las laderas del día
baja ya el día cansado,
con sus voces de labranza
en herramientas de canto;
y una sonrisa se vuelca
en el día sosegado.
Canto inocente que baja
desde la bondad del labio,
va enriqueciendo la brisa
con el recuerdo del Santo.

Las voces de los labradores.

Vid de la Vid más antigua,
el Señor te ha vendimiado,
y está destilando el vino
para el gran festín sagrado.

**Vagas voces de misterio
se van al canto sumando.**

Preciosidad del Amor,
azul de azul perfumado;

hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Una voz del misterio.

Y más arriba del aire
las voces van entonando.

Dejad a la flor y al fruto
felices en su verano:
los ángeles segadores
harán guirnaldas y ramos.

El narrador.

Y ya en el valle sereno
llega por el aire diáfano
una voluntad de niños
que en el amor va implorando.

Coro lejano de niños.

Suéltame la mano, madre;
me quiero volver al Santo
que dijo que Jesús pobre
era, pobre, nuestro hermano.

Suéltame la mano, madre;
me quiero volver al Santo.

El narrador.

Fueron las únicas voces
que al ciego le habían llegado.
Abrió los ojos piadosos,
y poniéndolos en alto,
hizo una cruz de silencio
en el azul consagrado.
Sonrió con lenta ternura
hacia el bien más entrañado,
y se quedó suspendido
en el amor de su Amado.

Una voz secreta.

Como un ala del silencio
apoyada en el espacio,
desde un cariño de altura
Clara sigue contemplando;
inmóvil flor del secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

Y en lejanas claridades
le aleja el mundo cantando:

Preciosidad del Amor,
azul de azul perfumado;

hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Y el orbe queda en paz quieta,
cual si estuviese rezando.

* * *

II. - EL CIEGO Y LA ESPADA

El narrador.

Desde ruedos de arrogancia,
los caballeros armados
van ascendiendo el camino
que lleva al ciego callado.

Valor volcado hacia fuera
en símbolo blasonado,
pone en el aire pacífico
su coraje proclamado.

Una voz vibrante.

Los estandartes enhiestos,
los arrogantes penachos,
las armaduras bruñidas,
los majestuosos caballos,
las miradas tesoneras,
pronto desprecio en los labios,
y una bizarría enhiesta
en el andar lento y franco.

Voces.

Venían desde la orilla
de los combates lejanos,
desde ríos fabulosos,
desde países arcanos,
enarbolando la enseña
del Madero soberano.

Voces.

Venían con poco triunfo
en el desdén enconado,
porque la suerte guerrera
no los había colmado
ni de conquista rotunda,
ni de blasón legendario
que otorgara más divisas
a los cantones heráldicos.

Voces.

Venían con el orgullo
de todos los humillados,
porque la fuerza fallida
se duele en el esforzado.

El cronista.

Iban caminos de vuelta.
Iban caminos de paso,

cuando cerca de la ermita
los detuviera el acaso.
Porque una voz misteriosa
que no llegaba del llano,
ni de la torre del monte,
ni de ningún pecho humano,
cantaba en las placideces
del aire pacificado.

Voz extraña.

«He aquí el guerrero perfecto,
el que fuera desarmado,
y le cantó al enemigo:
“Tú también eres mi hermano”.»

El cronista.

Y otras voces sometidas
a los coros encantados,
se repartían distancias
en el eco emocionado,
repitiendo al infinito
la alabanza en el espacio.

Las voces corales extrañas.

«He aquí el guerrero perfecto,
el que fuera desarmado,
y le cantó al enemigo:
“Tú también eres mi hermano”.»

El narrador.

Desde las cabalgaduras,
en los desdenes montados,
teniendo bridas de fueros
y en el fiero orgullo armados,
los caballeros solemnes
hacia la huerta miraron.

Y uno de plata vestido,
el de porte más gallardo,
decorándose en sonrisa,
dijo en malicia entonado:

El Caballero de Plata.

«Ved al perfecto guerrero
entre blasones de harapos;
el que le canta al temor:
“Tú también eres mi hermano”.»

Señor de la cobardía,
del honor menospreciado,
que esconde su felonía
bajo su amor humillado,
y enarbola la renuncia
de lo que nunca ha ganado,
echando lenguas al viento
de que por Cristo ha triunfado.

¿Lo recordáis, compañero,
oh Señor de los Diez Brazos,
cuando era rata escondida
en los extranjeros fangos?

El narrador.

Hubo explosión de desprecio
en los brotes concentrados
de muchas risas sonoras
para el ciego silenciado.
Y habló, abriendo su historia,
el Señor de los Diez Brazos.

El Señor de los Diez Brazos.

Cuando el río de los soles
era el río ensangrentado
de las gargantas infieles
del musulmán destrozado;
cuando el aullido del odio
era el dios entronizado
por las flechas justicieras
y el puñal desenvainado;
ése, descalzo en la arena;
ése, desnudo en su sayo,
merodeaba entre las huestes
caídas de los dos bandos,
diciendo rotos latines,
diciendo perdones raros,

y entre la herida y la muerte
poniendo perdones vagos.
Merodeador de clemencias,
traidor de preceptos claros,
decía al caído infiel,
en su temor afiebrado:
“Si crees en mi Señor,
tú también eres mi hermano”...

Y hacía inútil la lucha,
y debilitaba el brazo
alzado en vigor guerrero
al infiel decapitando.

Limosnero de agonías,
servidor de sus esclavos,
vendiendo a un Cristo cobarde,
a ese Cristo desarmado,
flagelado en la columna
y entre reos condenado.

Esa es la imagen de él,
caballero desgraciado
que se entrega al enemigo
pobre, reo y humillado,
como rehén de un Jesús
en perdón menospreciado,
descastándole en la sangre,
su gran linaje inmolando,

ligándose al extranjero
para llamarlo su hermano.

Los cronistas.

Como luchas de conciencias,
los caballeros armados
recordaron por su turno
los hechos del señalado.
Y habló el Paladín de Fuego
desde el arco de su casco.

El Paladín de Fuego.

Como un hambriento de huídas
vivió los suelos hollados
por las sangres confundidas
en las luchas de dos bandos.
Fué el bufón de las intrigas
del sultán endemoniado,
a quien se ofreció en rehén
para venderse en esclavo.

Caballero no se llama
a quien vive deshonrando
las altezas y eminencias,
los reyes y los legados.
Fué un traficante cobarde,
fué un mercader embozado;
por eso el Señor del cielo
lo tiene así condenado.

Los cronistas.

Rencores de mala espina
en soberbia se estrellaron,
invitando a desafío
el silencio del postrado.
Mas él, un bloque de ausencia
en su paz abandonado,
era la inmóvil presencia
de un alto reino olvidado.
Y una voz de la sorpresa
murmuró desde a caballo:

Una voz.

Ya corre por las comarcas
su cierta fama de santo.

El Paladín de Fuego.

Mal puede serlo, si anduvo
a su Señor traicionando.

El Señor de los Diez Brazos.

La prueba la da en sí mismo,
en ceguera condenado,
ya que el castigo de Dios
en vida está demostrado.

Mas una voz repetía:

“Ya el mundo lo llama Santo”.

Voces misteriosas.

Y por arriba del día
venía un coro cantando.

Coro.

«He aquí el caballero perfecto,
el que fuera desarmado,
y cantara al enemigo:
“Tú también eres mi hermano”.»

El cronista.

Mas el Paladín de Fuego
rompió el anuncio encantado.

El Paladín de Fuego.

Caballero Juan de Brienne,
nuestro señor aclamado,
rico de santos emblemas,
rey de reinos coronado;
paladín de nuestra fe,
cruzado entre los cruzados,
hoy rey de Jerusalén
que vuelves a tu reinado;
tú has conocido a este loco,
a este pobre visionario
a quien llaman caballero
con devociones de santo:

dínos si a tu alto juicio
el ciego merece tanto.

El cronista.

Corrió un aire de hidalguía
sobre los altos penachos,
cuando el mismo Juan de Brienne
se adelantó en su caballo.

Tenía los ojos limpios
como un trono de basalto,
y un perfil de extraña cera
en fe lo venía quemando.
Miró los ojos de todos
con un reto enarbolado;
llegó hasta el filo del muro
que separaba del Santo,
y, hablando de esta manera,
su fervor iba ordenando.

El Caballero de Brienne.

No te recuerdo en la hueste,
ni a retaguardia, ni al flanco;
ni te recuerdo en la sangre
que manchara mi costado,
ni en la muralla de fuego,
ni en el fragor de los arcos;
te recuerdo, caballero,

solo, feliz y descalzo,
en el puesto más secreto
que socava más abajo
de la propia valentía
el valor más esforzado.
No te recuerdo en la herida,
ni en el esfuerzo del brazo,
ni en el júbilo que esgrime
la muerte que va a caballo.
No te recuerdo en la guerra,
con el arma del cruzado;
mas te recuerdo en la cruz,
de estar en cruz inmolado.

Una voz.

Su juicio partía sendas
en pechos abroquelados,
y había vanas defensas
en los fueros blasonados.

El Caballero de Brienne.

Caballero de un valor
en oferta señalado,
llevando armas de amor,
ganando lo bien ganado.

Caballero de un valor
en renuncia consagrado,

dando, por mucho tener;
dando, por estar colmado
de triunfos de mil perdones
en su triunfo perdonado.

Yo le vi en tiendas de príncipes,
condolido, arrodillado,
decir con voces de bien:
“Aún no somos hermanos.
Si no conocen a Dios,
no pueden a Dios amarlo...
Llevémosle la bondad
del Cristo crucificado”...

Yo le vi cruzar las noches,
y vi los días cruzados
por sus afanes celestes
de hacernos de Dios hermanos.

Y en horizontes de azul,
en mil rezos azulados,
le oí sus proclamas vírgenes
por la hermandad del Reinado.

Francisco, virgen de azul
en el imperio azulado,
el manto azul de la Virgen
te envolvía emocionado.

Debajo del sicomoro
donde Ella detuvo el paso,
la erigiste en nueva luz
en su gran manto azulado.

Ruina de los dioses crueles,
ruina de dioses falseados,
ruina de endiosados odios
junto a tu paso descalzo.

Yo lo vi, rosa de luz,
junto a la rosa de barro,
diciendo al reino culpable:
“Tú también eres mi hermano”.

Y se conmovió mi orgullo
en mi coraza de barro,
que el alma dijo a Francisco:
“Tú también eres mi hermano”.

El cronista.

Grandes claveles de afecto
se abrían al entusiasmo,
como guirnalda de fama
en un cielo de alabastro.

Y el Caballero de Brienne
proseguía en su arrebató.

El Caballero de Brienne.

No le reduzcáis la fama
porque luchara descalzo,
llevando fuego de amor
en vez de puñal y dardo.

No creáis que está vencido,
ni que Dios lo ha señalado
en su justicia infalible,
porque lo veáis postrado.

El llegó a Jerusalén
con un regimiento armado
con la buena voluntad
que el ángel había anunciado.

El llegó solo y humilde,
por monjes acompañado,
sin más botín que el amor
por el reino rescatado.

Por una hendidia de zarzas,
por entre púas de ingratos,
él volvió como el cordero
que reúne a su rebaño
a la vera del pastor
que, muerto, fuera humillado
sobre la tierra dolida
donde fuera sepultado.

Y en vez de herraduras frías,
entró con los pies descalzos
en las sendas donde Dios
también entrara descalzo.

Y en vez de sones de triunfo
en los insultos metálicos,
él entró con la oración
sumisa, junto a su canto.

Barrió con besos de paz
los caminos transitados
por la sangre del martirio
de Quien fuera coronado,
vero Rey de los judíos
sosteniendo en sus tres clavos
todo el peso de la culpa
del odio de sus hermanos.

Puso cúpula de rezos
en cielos desmoronados,
puso pobreza triunfantes
como suspiros de nardos,
y en la obediencia paciente,
ricos consuelos de bálsamos.

El entró en Jerusalén
como Dios lo ha decretado:

por la puerta del silencio,
pobre, obediente y descalzo.

El cronista.

Y en diciendo, el caballero
se iba de sí despojando
de la banda principesca
con emblemas recamados,
de la eminencia del yelmo
en riquezas cincelado,
de la espada más gloriosa,
del puñal más afamado,
de su coraza solemne
como un mundo conquistado,
mostrando sobre su pecho
un piadoso escapulario
con un camino a la cruz
y otro camino al calvario.

El Caballero de Brienne.

Mira, Francisco de Asís,
lo que tu ejemplo me ha dado;
llegaré hasta ti diciendo:
“Tú también eres mi hermano”.

Yo, rey de Jerusalén;
yo, paladín soberano,
me arrodillo en tu pobreza,
y humilde, te digo: “Hermano”.

Dame al fin tu bendición.
Dame la cruz de tu mano,
la que tiene el sello eterno
del eterno soberano.

El cronista.

Raudas piedades sentidas
las arterias transitaron,
y los altos caballeros
con el rey se arrodillaron
a la vera de aquel muro
donde ciego estaba el Santo.

Nada se movió en el claustro,
nada se movió en el Santo,
perfecta vida ya unida
al amor más renunciado.

Otra voz.

Y entre silencio de hiedras,
y entre silencio de álamos,
silencio entre los silencios,
todos el monte bajaron
por declives de conciencias
que se hubiesen encontrado
en el centro del amor
nunca jamás sospechado.

Los coros de la dulzura.

Por las laderas del día
bajan las armas rezando,
con reconcentradas voces
en los pechos blasonados.
Y una de ellas, la más rica,
su devoción va cantando.

El Caballero de Brienne.

Yo lo vi, rosa de luz,
junto a la rosa de barro,
diciendo al reino culpable:
“Tú también eres mi hermano”.

Ya se me rompió el orgullo
en mi coraza de barro,
que el alma dijo a Francisco:
“Tú también eres mi hermano”.

El cronista.

Nidos de afectos continuos
se abrían al entusiasmo
con sus vuelos de piedades
en un cielo de alabastro.

Y por encima del aire,
la voz del ángel más diáfano

reenlazaba su sentencia
en alabanzas de espacio.

La voz diáfana.

He aquí el guerrero perfecto,
el que fuera desarmado,
y cantara al enemigo:
“Tú también eres mi hermano”.

El cronista.

La hora se queda quieta
en su esplendidez de nardo,
como si en medio del cielo
la luz se hubiese parado.

Una voz.

El canto del caballero
ya se ha hundido, rumbo abajo;
mas desde el valle sereno
llega por el aire diáfano
una devoción flamante
que en el amor va implorando.
Y en su turno sucesivo,
el Paladín de las Llamas
y el Señor de los Diez Brazos
van echando hacia la ermita
su imploración al espacio.

El Paladín de las Llamas.

Suéltame la mano, fama;
me quiero volver al santo
que dijo a mi alma cruel:
“Tú también eres mi hermano”.

El Señor de los Diez Brazos.

Suéltame la mano, mundo;
me quiero volver al santo
que le dijo a mi ambición:
“Tú también eres mi hermano”.

El narrador.

Fueron las únicas voces
que al Santo le habían llegado.
Abrió los ojos piadosos,
y poniéndolos en lo alto,
hizo una cruz de silencio
en el azul consagrado.

Sonrió con lenta ternura
hacia el bien más entrañado,
y se quedó suspendido
en el amor del Amado.

Una voz secreta.

Como un ala del silencio
apoyada en el espacio,

desde un cariño de altura
Clara sigue contemplando;
inmóvil flor del secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

Y en abiertas claridades
se aclara un mundo cantando:

Preciosidad del Amor,
azul de azul perfumado;
hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Y el orbe sigue en su paz,
quieto en su luz, y rezando.

III. - INTERMEDIO GALANTE

Tal vez el tiempo no sepa
quién pasa sobre su manto,
ni quién viene desde el borde
del placer y del encanto.

Colinas de los festejos.
Copa del ensueño holgado,

la copa del día ofrece
un placer imposterado.

Voces del goce.

Asciéndete hasta el placer
de lo nunca saboreado,
y desde tu propia cima
repite lo que has gozado.

Renuévate en el afán
de gozarte en lo olvidado.
Nada se queda en el día;
nada queda del pecado.

Voces del placer.

El gusto de tus fantasmas
es gusto de desagrado;
deja el ayer y el mañana
en el cielo sospechado.

Pisa la tierra azarosa
de nuevos goces celados;
descubre la fibra oculta
en el goce renovado.

Juega al goce tentador.
Juégate en lo no tentado.
Tiéntate en tu juego mismo,
y juega a vivir gozando.

El narrador.

Anillos de melodías
subían desde los prados;
raras orquestas andantes
acompañaban los cantos.

Hermanos de los sonidos,
caminaban los caballos
con grandes ocios tranquilos
sobre perfumados pastos.

Una voz cortés.

Caminos de la velada
del placer homenajeado,
van caballeros y damas
desde el camino al palacio.

Otra voz.

Se dieron cita en la espera
de los ocios cortesanos,
debajo de cualquier punto
del cielo dulce y galano.

Otra voz.

Todo es bueno, si se da
al alcance de la mano,
mientras se engañe al dolor
que persiste, acompañando.

El narrador.

Van por el manto del tiempo,
van con su escolta de galgos,
con sus pajes obsecuentes
cabalgando el despilfarro.

Otra voz.

Cascabeles de la vida,
bufones de mil descaros,
todo se finge en verdad
del goce nunca tocado.

El narrador.

Almas de frescas cigarras
en sus cantos desbordados,
persistiendo en que la vida
sea, toda, un gran verano.

¡Qué constancia de sonrisa!
(¡qué constancia en el engaño!...)
¡Qué constancia en el amor!
(permanente enmascarado...)

Así van por las laderas
del placer y del engaño,
riquezas de mil suspiros,
aire en el aire volcado.

Hay desafíos de argucias
que en voluptuosos encantos
quisieran lograr los triunfos
del amor esclavizado.

Y en el vestido de fiesta
la conciencia han olvidado,
porque aja con frecuencia
al goce tornasolado.

Una voz cortés.

Todos deben ser felices,
porque así lo ha decretado
el momento del buen gusto
que a ser feliz ha invitado.

Una voz galana.

Vagas libélulas trémulas
palpitan bajo los párpados
de las miradas más bellas
arrojadas al espacio.

Una voz placentera.

Y las corrientes de risa,
la viveza del vocablo,
todo invita al abandono
del acuerdo y del halago.

Otra voz.

Aromando los perfumes
como una lluvia en el lago,
los perfumes de los cuerpos
van perfumando al ocaso.

El narrador.

Y entre discantes de risas,
canta el Duque del Agrado.

El Duque del Agrado.

Si ya tu nombre es Leticia,
en algo han acertado
para presentar al hombre
el valor de tu regalo.

Pero estás como el reflejo
sobre el esmalte del lago.
¡Quién conociera el misterio
de tus reinos azulados!...

El historiador.

Ella lo oía al descuido,
cual si fuera divagando
en distancias imposibles
lo que nunca había alcanzado.

**Y un coro de cien verdades
le recibía, admirado.**

Eres verdad para el ojo.
Eres verdad para el tacto.
Superación del ensueño.
Verdad de lo no soñado.

Una voz galana.

Desde la pluma al chapín,
desde el estribo al tocado,
es un poema del goce
en un concierto de encanto.

Otra voz lírica.

Los rocíos del edén
de gracia la han salpicado.
Presente imagen de Eva
recién nacida al creado.

Una voz placentera.

Ya desde el árbol prohibido
la poma te está aguardando;
desnuda el diente brillante
para hincarlo en el pecado.

Una voz galana.

Perfecta ciencia de Dios
en belleza revelado;

ella va por los caminos
como un triunfo del encanto
de la serpiente escondida
bajo el fruto condenado.

Otra voz.

¡Qué importa que no lo sepa,
si lo sabe el ángel malo,
que espera en todos los rumbos
con los sueños no tentados!

Una voz lírica.

¡Ay, precio de tu silencio
en el reino de tus labios,
secreto de tus secretos
en fino cofre guardado!...

El narrador.

Así el gracejo los lleva
casi sin querer, al plano
de los caminos de encuentros
que se anudan junto al Santo.

Y unas tórtolas de incienso
no vistas en ningún árbol,
perfuman rutas de lilas
con las dulzuras del canto.

Las tórtolas del misterio.

Es el Juglar de Jesús.
Es de la Virgen, Heraldó.
Los arcángeles lo llaman:
“San Francisco, nuestro Hermano”.

El narrador.

La curiosidad detiene
el ocio de los caballos,
mientras el eco repica
en los pechos asombrados:

“Los arcángeles lo llaman:
San Francisco, nuestro Hermano”.

El historiador.

Su sonrisa de malicia
vuelca el Duque del Agrado
a través de la distancia
que lo separa del Santo.

Y en flagrante indiferencia,
dice al cortejo parado:

El Duque del Agrado.

El también fué de los nuestros
hasta que pudo gozarlo.

Se llegó hasta los balcones
con la conquista del canto;
vivió la corte amorosa
hasta el punto del hartazgo,
y un día, sin más motivo
que el motivo del fracaso,
hizo creer a los vientos
que a Jesús se había enlazado.

Yo supe en mi adolescencia
de su lujo y de su escándalo.
Después de gozar al mundo,
es muy fácil despreciarlo,
diciendo que el mundo es
el instrumento del diablo.

Después de ostentar el lujo,
fácil es abandonarlo,
con fingida penitencia,
por el cilicio y el sayo.

Toda conciencia infeliz,
hundida en su propio engaño,
quiere triunfar de algún modo
con el cetro o el harapo.

La santidad no se mide
por lo que se ha renunciado,
sino por permanecer
en lo que ha de ser gozado.

Tenga él su paraíso
en su sayo remendado;
yo lo gozo en la finura
de mi cuerpo perfumado
por el linón vaporoso
y el guadamecí dorado.

El cronista.

Un corillo de obsecuencias
le daba el tono, asentando
suestras sonrisas serviles
en damas y cortesanos.

Sólo un bufón y Leticia
se quedaron concentrados
en la visión del silencio
que les llegaba del Santo.

El historiador.

Y por rematar el juicio
del buen Duque del Agrado,
se adelantó el Canciller
de los Suspiros Dorados.

El Canciller de los Suspiros Dorados.

Digo a la gracia del siglo,
digo al Edén reencontrado,

digo a Leticia, que rige
los paraísos ganados,
digo a su carne de espuma,
y a su cuerpo bello y mágico,
que el cielo abunda en deleites
por el cuerpo acariciados,
en la salud exquisita
que nos regala un dios sano,
gozando en ritmo de vida,
con un gran cetro en la mano.

Sólo vale la presencia
del gran cuerpo soberano,
hechura del dios oculto,
máquina del dios arcano,
puente de todos los gustos
que el cielo va anticipando.

Dios se demuestra en la carne.
Dios se demuestra gozando;
y está tan lejos del diablo,
como está lejos del llanto.

Tejed guirnalda de ensueños,
en los deleites vagando;
danzad al borde del goce,
el propio goce danzando;
que sólo cuenta en la vida
lo que se vive gozando.

El cronista.

Una admiración cumplida
el tono le iba afirmando;
sólo el bufón y Leticia
seguían mirando al Santo.

El historiador.

Y redondeando el acuerdo
de los suspiros dorados,
volvió a terciar la elocuencia
del buen Duque del Agrado.

El Duque del Agrado.

Mirad la contradicción
que se acusa en este caso:
si Dios elige a su siervo,
si Dios elige a su santo,
no será en el cuerpo vil,
ni en el cuerpo despreciado:
que lo hará, porque su gusto
quedará menospreciado,
en la heredad de su mundo,
tan rico y tan codiciado.

Dios puede darse en el oro
y en el cuerpo decorado
por la más noble belleza,

y no en el ya castigado
por la fealdad y la llaga,
por la pena y desagrado.

Dios se da en nuestra Leticia,
y en el bien embalsamado
de su armonía que pasa
como un dios que está triunfando,
y no en el cuerpo vencido
de ese pobre abandonado,
que lleva en su propio signo
el castigo de su estado.

Si el santo es tan sólo eso,
yo no quisiera ser santo.

¡Canta, bufón, una copla,
que te has quedado embobado!

El cronista.

El bufón midió en los ojos
de todos, lo proclamado;
tomó una vihuela antigua,
y se descolgó cantando.

El bufón.

Con casco de gabilanes
iba el Príncipe Lozano,

midiendo las bazarrias
de su poder soberano.

...Danzad, gacelas corteses;
danzad huyendo del arco...

Las islas de Algún Deseo,
las islas del Amor Mágico,
fueron tuyas, todas tuyas.
Y todas las fué gozando.

...Danzad, gacelas corteses;
danzad huyendo del dardo...

Llegó a la Fuente del Oro.
Llegó al Imperio Agraciado,
y a los Puentes de la Dicha,
y al Espejo de lo Arcano.

...Danzad, gacelas corteses;
danzad huyendo del arco...

¡Qué poderes de desprecio
tuvo el Príncipe Lozano,
monarca de mil dominios
en su cuerpo soberano!

...Danzad, gacelas corteses,
que el cazador va cazando...

Un día se despertó
al borde del desengaño;
le sobraban las riquezas,
le sobraban los halagos.

...Danzad, gacelas corteses,
que el cazador va cazando...

Y para mayor consuelo,
se vió en el pecho un regalo;
muchas ramas de corales
ya lo estaban decorando.

...Danzad, gacelas corteses;
el arco se va acercando...

Y los corales crecían
en redondo y a lo largo,
venciendo ciencias magníficas,
venciendo sabios ensalmos.

...Danzad, gacelas corteses;
el dardo se va acercando...

Florecido está en caléndulas,
florecido en amaranto,
con un mal que no se nombra,
que es el nombre del espanto.

...Huid, gacelas corteses;
el arco os va alcanzando...

Dicen que se llama ¡lepra!...
Dicen que va decorando
el cuerpo más vigoroso
con corales y amaranto.

...Huid, gacelas cautivas;
huid del dolor del dardo...

Solo, en su mal de corales;
solo, en su mal de amaranto;
solo, en caminos perdidos;
solo, y en sí despreciado.

...Huid, gacelas cautivas;
el dardo ya está llegando...

Se encontró junto al azar
con un caballero armado,
que iba a buscar las islas
de los triunfos esperados.

...Mirad, gacelas, al cielo;
las nubes se han dispersado...

Se miraron desde el fondo
de ideales remontados;

se miraron desde el fondo
de credos muy lastimados.

...Mirad, gacelas, al cielo;
las nubes se han dispersado...

Y el caballero piadoso
lo miró desde a caballo,
y le cantó una balada:
“Tú también eres mi hermano”.

...Reposad, gacelas tiernas;
el cazador se ha alejado...

Y afirmando el sentimiento,
se descolgó del caballo,
se le acercó, y lo besó
en la boca de amaranto.

...Danzad, gacelas ingenuas;
danzad al borde del lago...

Lloraron lágrimas dulces,
lloraron consuelos claros,
y ambos se correspondían:
“Tú también eres mi hermano”.

...Danzad, gacelas ingenuas;
danzad al borde del lago...

El caballero se fué
hacia su ideal ansiado.
Y dejó en un gran consuelo
al buen Príncipe Lozano.

...Danzad, gacelas ingenuas;
el rocío va llegando...

Y al borde del mismo rezo:
“Tú también eres mi hermano”,
fué amaneciéndole el cuerpo
en una carne de nardo.

...Danzad, gacelas felices;
el rocío ya ha llegado...

No se volvieron a ver,
en el collar de los años,
ni el caballero piadoso,
ni el buen Príncipe Lozano.

...Danzad, gacelas gozosas;
el día no ha terminado...

No se volvieron a ver,
pero ya se están mirando.
Soy aquel a quien dijiste:
“Tú también eres mi hermano”,

y besaste en tu Señor
el amaranto del labio.
Soy el Príncipe Lozano
curado por tu milagro.
Mira, Francisco de Asís;
mira, si puedes mirarlo;
mira que le rezo al cielo:
“Tú también eres mi hermano”.

...Danzad, gacelas divinas,
junto a las aguas del Santo.
El cazador os reúne,
feliz, en el mismo lazo...

.....

El historiador.

Y saltando entre los brezos
y saltando los cercados,
se llegó hasta el mismo ciego,
le besó los pies vendados,
y ganó los corredores,
los pórticos y los claustros,
con un júbilo encendido
en la cresta de un milagro,
diciendo al aire magnífico,
en goce maravillado:
“Heraldo del Rey del Cielo,
tú también eres mi hermano”...

**Los coros de la
Conciencia Secreta.**

Por descendidas sorpresas
viene la corte bajando.
En las fibras más incrédulas
el bufón sigue cantando:

...Danzad, gacelas corteses;
danzad huyendo del arco...

Las islas de Algún Deseo,
las islas del Amor Mágico,
se hunden en el mar remoto
de lo que fuera gozado,
y en las fibras más hermosas
el bufón sigue cantando:

Danzad, gacelas corteses;
el cazador va cazando...

El día ya se recuesta
al borde del desengaño,
y se abren puentes de dicha
sobre espejos de lo arcano.

...Llora, gacela Leticia;
el cazador va cazando...

Ya el día se despertó
al borde del desengaño,
ya le sobran las riquezas,
ya le sobran los halagos.

...Busca, gacela cautiva,
el dolor del propio dardo...

Cubierta vas de caléndulas,
cubierta vas de amaranto;
encajes y pedrerías
tu mal te va demostrando.

...Llora, gacela cautiva;
el rocío está llegando...

Y desde el imperio ciego
de sus postrados harapos,
el caballero murmura:
“Mírame, yo soy tu hermano”.

¡Grita, gacela, hacia el cielo!

La voz de Leticia.

¡Me quiero volver al Santo!
¡Me quiero volver al Santo!

El narrador.

Ya por la cuesta se empina,
veloz, un caballo blanco.
La carrera desparrama
sobre el verdor de los prados
jirones de maravillas
en encajes y brocados,
en pedrerías valiosas,
todo, al viento consignado
por una mujer que clama
con fervor iluminado
la voluntad de la huída:

La voz de Leticia.

¡¡Me quiero volver al Santo!!

El cronista.

Fueron las únicas voces
que al Santo le habían llegado.
Abrió los ojos piadosos,
y, poniéndolos en lo alto,
hizo una cruz de silencio
en el azul consagrado.

El narrador.

En el confín de las puertas
se oye el fervor de un llamado,
y una voz que dulce implora:

La voz de Leticia.

“¡Clara, vísteme tu sayo!”

El narrador.

Ya se han abierto las puertas.
Ya las puertas se han cerrado.
Ya hay una paz de consuelo
en la dulzura del cántico:

Los coros secretos del claustro.

...Danzad, gacelas divinas,
junto a las aguas del Santo.
El cazador os reúne,
feliz, en el mismo lazo...

El cronista.

El Santo cerró los ojos
sobre un consuelo muy plácido;
hizo otra cruz de silencio
en el azul consagrado.
Sonrió con lenta ternura
hacia el bien más entrañado,
y se quedó suspendido
en el amor del Amado.

Una voz secreta.

Como un ala del silencio
apoyada en el espacio,
desde un cariño de altura
Clara otra vez se ha situado.
Inmóvil flor de secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

**Y en abiertas claridades
se aclara un mundo cantando:**

Preciosidad del Amor,
azul de azul perfumado;
hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Una voz secreta.

Y el orbe sigue en su paz,
quieto en su luz y rezando.

IV. — EL CIEGO Y LOS CIEGOS

En difundida azucena
y amanecido alabastro,
entre quietudes de espuma
y permanencias de nardos,

el tiempo seguía impasible
en su candor de aire diáfano.

La mariposa del día,
ya detenida en lo alto,
no acertaba a distinguir
si era una aurora o un ocaso.

Voces pacíficas.

Claridades de surgente
dilataban el espacio
hacia pálidas ternuras
de un instante immaculado.

—Venían vuelos sumisos
como anuncios reposados
de secretas convivencias,
de amores desencarnados,

y por arriba del vuelo,
citas de un tiempo alcanzado,
se daban paz en lo inmenso
de un inadvertido abrazo.

—La pulcritud de la hora
tenía al ojo arrobado
en mil detalles de goce,
en mil radios señalados.

El alma vivía el cielo,
ascendiendo, acariciando
las blancuras dilatadas
del espacio inmaculado,
con miradas conmovidas
en los ojos deslumbrados.

El narrador.

Desde andanzas peregrinas,
desde un tanteo de canto,
el camino se hacía voz,
el camino se hacía báculo.

La gironda vagabunda
subía el monte tanteando
cadencias tan repetidas
como el ritmo del cansancio.

Voces sensibles.

Subían horas de olivos;
subían rutas de nardos;
subían paces alertas,
en medio del amor claro.

Voces peregrinas.

¿Es verdad que llega el alba
después del cielo estrellado,

y que la luz se derrama
y todo queda aclarado?

¿Verdad que hay luz en la noche
en lo hondo y en lo alto,
y hay tronos de claridades
hacia arriba y hacia abajo?

¿Y que en la noche más negra
viven la chispa y el pábulo,
y que hay riquezas de luces
en los umbrales del párpado?

¿Verdad que hay piedras preciosas
en los ojos enjoyados
con relumbres de rocío
y con diamantes de llanto?

¿Verdad que se vuelca el mundo
en el bien divinizado
del ojo que nunca advierte
la luz que goza mirando?

El narrador.

Y otras voces respondían
en un coro murmurado:

Voces peregrinas.

Al borde de su abandono
yo mismo me he consolado.

Si ella hubiese sido mía,
¡ay! no me hubiese dejado.

El narrador.

Subían los peregrinos
su lenta ruta de canto.

Un peregrino.

Si ella hubiese sido mía,
¡ay! no me hubiese dejado.
¡En qué pozo tan antiguo
me ha sumido abandonado!

Si el gallo enhebra su diana
en anuncio del milagro,
yo estoy en lo que no es noche,
en la sombra, postergado.

Otro peregrino.

Si la alondra se remonta
en su trino deslumbrado,
yo soy la hondura del pozo
que en sí mismo se ha quedado.

Otro.

Y si es verdad que aún camina
el color sobre los prados,

y el mundo se va en el río,
y el cielo se está en el lago;
si es verdad que la mirada
se goza en el sér mirado,
y todo se llega a Dios
por el camino del párpado,
yo sigo sin saber nada
de lo que viene pasando
al borde de mi mirada,
ni si la luz me ha citado.

Voces peregrinas.

Por eso de su abandono
yo mismo me he consolado.
Si ella hubiese sido mía,
¡ay! no me hubiese dejado.

El narrador.

En el reposo del tilo
el canto se había aquietado;
mas desde un punto tardío,
otro lo sigue, anudado.

Una voz vagabunda.

Vagabundeo en las horas
como un señor destronado,
buscando lo que fué mío
en la heredad del reinado.

Al borde de su abandono
mis poderes he llorado;
mis doce horas del día
que su abandono me ha hurtado.

Y por congoja mayor,
yo mismo me he consolado,
pues con su mismo abandono
el cielo me ha desterrado.

El narrador.

Y en pareadas condolencias
otras voces van coreando.

Coro de la condolencia.

Que al fin sé que no era mía,
aunque la hube gozado:
que si hubiese sido mía,
¡ay! no me hubiese dejado.

Una sola voz.

Los que vais por los caminos
y la veis en todos lados,
decidle que su abandono
me hace pobre y desgraciado.

Día que no vuelve más,
lámpara que se ha quebrado

y se le ha roto la luz
en el ojo ya apagado.

Coro de la condolencia.

¡Dadnos limosna de aurora!
¡Dadnos limosna de ocaso,
y una moneda que alcance
el brillo bueno del astro!

Harapos de las tinieblas.
Día en su sombra enterrado.
Lámpara rota y sin luz
en el ojo ya apagado.

El cronista.

Por caminos de tanteo,
con socorros y cayados,
un desconsuelo de ciegos
hasta el muro va llegando.

Blancos de la desventura.
Ojos abiertos en vano.
Una recta de esperanza
persiguiéndose en milagro.

Una voz serena.

El aire se difundía
en tiernas auras de nardo,

y en delicias sonrosadas
de almendros embalsamados.

Otra voz serena.

Y la tórtola del cielo
en su pecho acurrucado,
copia perfectas quietudes
de santos itinerarios.

El cronista.

Abajo, el canto que implora;
arriba, el cielo callado,
y en el medio de los dos,
la cita amada del Santo.

**Y desde un tiempo de alturas
se oyó un anuncio alabado:**

El anuncio.

He aquí la luz que refulge
en el reino renunciado.
El que desposó la Luz
y vió en la Luz al Amado.

El cronista.

Y como andanzas del goce
se extendía lo anunciado.

El goce secreto.

El que desposó la luz
y vió en la Luz al Amado.

El cronista.

Más allá de las paredes,
las cancelas y los árboles,
la profusión de tinieblas
hablaba, en lástima, al Santo.

El coro de ciegos.

¡Ay, Francisco, que has gritado
que el sol era nuestro hermano,
mira cómo nos redujo,
mira cómo te ha pagado,
borrándonos a Dios del mundo,
robándonos lo creado!

¿Dónde estás, Juglar del Cielo?
¿Dónde estás, del goce heraldo?
¿Dónde estás, ojos abiertos
viviendo su propio barro?

¿Quién te cita en la desgracia!...
¿Quién te voltea, cegado
como una lámpara rota
en tu universo apagado!...

Francisco.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

El cronista.

Dulces manos invisibles
desparramaron el bálsamo
que llega desde la paz
y acuerda el bien soberano.

Francisco.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Estoy en lo que fuí siempre,
antes de haberme alcanzado
la providencia de Dios
y el goce de lo creado.

Una tiniebla ignorante
que está flotando en el caos
de su propia nulidad,
antes de entrar al llamado
de la palabra celeste
que te ordena en su reinado,
y te regala una herencia,
y te cuida en su rebaño,

y te regala la dicha
de ser hijo en su reinado,
y te acerca al corazón
de su Hijo revelado,
que en el alma te repite:
“Tú también eres mi hermano”.

Y al darte el mundo fecundo,
y al darte el cielo estrellado,
todo te lo da en amor
de un goce tan regalado,
que nunca puedes decir
que es tuyo y que lo has pagado
con moneda equivalente
a lo que Dios te ha donado.

Por eso estuve en la luz
y en el bien de lo creado:
por un gusto de lo eterno,
en una fiesta de paso;
y si vuelvo a mi despojo,
vuelvo a mi primer estado:
Una tiniebla ignorante
que está flotando en el caos
de su propia nulidad,
antes de entrar al llamado
de la palabra celeste
que me ordena en su reinado

y me acerca al corazón
de su Hijo revelado,
que en el alma me repite:
“Tú también eres mi hermano”.

¿Qué era yo en la eternidad,
antes de haber alcanzado
la providencia de Dios
y el goce de lo creado?

“Venid a mí los que estáis
por las penas agobiados
—os dice la Luz perenne—,
que mi yugo es dulce y manso”.

Venid, hermanos dolientes;
alcancémonos las manos,
y hagamos la ronda buena
en un júbilo de hermanos.

El cronista.

Con los ayes en suspenso,
con perplejidad en los ánimos,
la desventura se une
en cariñoso rebaño
y espera el concierto nuevo
en la confianza del Santo.

Y él se refuerza en silencio,
mientras deslumbra en su canto:

Francisco.

¿Quién me germinó en la sangre;
quién me compuso, formado,
en el centro de mi casa,
al filo de lo creado?

Repetid conmigo en ronda
hacia el bien nunca pagado:
**La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.**

El cronista.

Y en un amable murmullo
rezaban los invitados.

Los peregrinos.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

¿Quién me dió cita en la vida?
¿Quién me dió el cuerpo ignorado?
¿Quién me descubrió el sentido
y el saber iluminado?

**Coro de los
peregrinos ciegos.**

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

Abajo de sus riquezas
yo tuve un cetro y un manto;
viví de sus criaturas
como hijo del soberano,
sin averiguar de dónde
vino mi cetro y mi manto,
mientras la luz me decía
que me habían dado tanto.

Los peregrinos.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

Con un cielo por arriba
y un infierno por abajo;
supe de todos los vuelos
y anduve en todo pecado,
sin descontar, por amor,
su amor siempre mal pagado.

Y ¿quién me daba el consuelo
de sentirme perdonado,
de sentirme nuevamente
el hijo del Soberano?

Los peregrinos.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

La gota se va a la fuente.
La espiga vuelve al arado.
El vuelo se vuelve al nido,
y el hijo del Soberano
devuelve al Padre benigno
la gracia que le ha prestado
con el prestigio del cetro,
con el prestigio del manto;
y se apresta a entrar, desnudo,
en el secreto Palacio
de donde vino la cita,
de donde vino el regalo.
¿Quién te viste y te desnuda
de esplendideces o harapos,
de tinieblas o de días
tu tránsito soberano?

Los peregrinos.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

¿Qué color tienen las aguas
que en el día van pasando?
¿Qué color tienen las horas
por arriba de los pájaros?
¿Quién tiene lo que posee
y en sus bienes va quedando?
¿Quién dice: “El suspiro es mío,
y es mío el bien y el encanto
de la belleza del mundo,
y por mí vive el creado”?

Gota que vuelve a su fuente
Espiga que va al arado.
Vuelo que vuelve a su nido,
de donde en bien se ha volado...
¿Por qué te apena el volver
devolviendo al Soberano
lo que te diera en el goce
de un infinito regalo?
¿Quién te viste o te desnuda
de esplendideces o harapos,
de tinieblas o de luces
el reino vivo del párpado?

Los peregrinos.

La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.

Francisco.

Hijo de todo el misterio.
Herederero del arcano.
Conciencia del bien celeste.
Motivo certificado
de la clemencia de Dios
que por vos se ha consagrado
a caminar entre espinas,
a ser peregrino humano;
gózate en lo que no es tuyo;
gózate en lo que te han dado,
y vuélvete a gozar siempre
en lo que en bien te han quitado.

Canta, si estás en tinieblas;
canta, si estás deslumbrado;
canta tu misma alegría
de saberte señalado
en un acierto del cielo,
aunque estés agonizando;
porque en su reino de espinas,
desde su cetro de coágulos,
desde su manto de heridas,
desde su inmenso quebranto,

Jesús te dice benigno:
"Tú también eres mi hermano".

Renuncia a todo tu bien.
Sigue en tu cruz tu calvario.
Abraza tu sufrimiento
y llega al Reino cantando
la maravilla de Dios:
"Tú también eres mi hermano".

El cronista.

Por conmovidos misterios,
el cielo era un gran regazo
que los contenía a todos
en la estrechez de un abrazo.
Había lágrimas limpias
en los silenciosos párpados,
y agradecidas ternuras
en la dulzura del labio
que repetía en bondades:

Coros.

"Tú también eres mi hermano".

El cronista.

El los bendijo en la hondura
del signo más entrañado,

y los devolvió al camino
poniéndoles en las manos
la limosna más perfecta,
limosna del Soberano:

**La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.**

Voces narradoras.

—Ya vuelve a andar la gironda
cielo arriba y campo abajo.
Y hay un consuelo de rezos
entre las bandas de nardos.

—Ya vuelve a alzar sus confines
el amor esperanzado,
y vuelca en platas de olivos
su bálsamo revelado.

—Ya van por todas las puertas,
ya van por todos los prados,
diciendo vivas verdades
en el goce iluminado.

El coro lejano de los peregrinos ciegos.

Abajo de Sus riquezas
yo tuve un cetro y un manto;

viví de Sus criaturas
como hijo del Soberano,
sin averiguar de dónde
vino mi cetro y mi manto,
mientras la luz me decía
que me habían dado tanto:

**La Voluntad que no yerra
y el buenamor del Amado.**

Otros coros.

La gota se va a la fuente.
La espiga vuelve al arado,
y yo me vuelvo a quien dijo:
“Tú también eres mi hermano”.

El cronista.

Y por el orlo del día
se aleja el amor cantando:

Coro de los peregrinos ciegos.

Renuncia a todo tu bien.
Sigue en tu cruz tu calvario.
Abraza tu sufrimiento
y llega al reino cantando
la maravilla de Dios:
“Tú también eres mi hermano”.

El cronista.

Y en un latido de amor
resonaron en lejano
las plegarias conmovidas:

Las voces sensibles.

“¡Me quiero volver al Santo!”
“¡Me quiero volver al Santo!...”

El narrador.

Fueron las últimas voces
que al ciego le habían llegado.
Abrió los ojos piadosos,
y poniéndolos en alto,
hizo una cruz de silencio
en el azul consagrado.
Sonrió con lenta ternura
hacia el bien más entrañado,
y se quedó suspendido
en el amor del Amado.

Una voz secreta.

Como un ala del silencio
apoyada en el espacio,
desde un cariño de altura
Clara sigue contemplando,

inmóvil flor de secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

**Y en lejanas claridades
se aleja el cielo cantando:**

Preciosidad del AMOR,
azul de azul perfumado,
hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado.

Una voz secreta.

Y el orbe se queda en paz,
cual si estuviera rezando.

V. - FANTASÍA VESPERAL

Desde rutas de prodigio
vienen colores vagando
como alas de alegría,
como alas de entusiasmo.

Ascienden durez de piedras,
ascienden durez de árboles,
transitan flores y flores,

y en los verdores más pálidos
vuelcan gemas de alegrías,
vuelcan llamas de entusiasmo,
y desaparecen, raudos,
como que fuesen volando.

Dicen secretos felices;
dicen amores extraños;
dicen promesas certeras;
dicen favores premiados.

Al principio son fulgores
que el valle ha desatado;
después son llamas pequeñas
en siete tonos vibrando.

Semejan túnicas sueltas
en el aire dilatado,
y prodigiosas corolas
de llamas que van saltando.

Fulgor de siete colores,
fulgor de júbilo extraño,
se encuentran ante la verja
y se toman de las manos
siete niños del prodigio,
siete niños del encanto,
hermanos de la sonrisa,
hermanos del goce amplio,

con un placer vocinglero
como una dicha de pájaros,
y una ronda de delicias
los concierta junto al Santo,
como un círculo de júbilo,
como un círculo de canto.
Es un diálogo de chispas,
es un acuerdo alternado
entre alternancia de voces
en presteza concertado.

**El coro infantil
de los siete resplandores.**

—Un hombre tenía su tierra.
—Un hombre tenía su campo.
—A ver, labrador de ti mismo.
—A ver si te enfloras labrando.

—Un campo de cinco sentidos
te labra en ti mismo labrando.
—Los soles de muchos ensueños
tus sueños ya van fecundando.
—¿Qué quieres, qué buscas, qué anhelas
hundiendo semillas en rastros
abiertos por cinco sentidos
que el campo te van rastrillando?

—Raíces de jugos antiguos.
—Raíces de jugos cerrados.

—Raíces de ciegos instintos
el campo te van ocupando.

—Las lluvias de vagas alturas,
las aguas que llegan bajando,
te dan su misterio cumplido,
si sigues tu comarca arando.

—Polvo en el polvo crecido.
—Polvo en el polvo formado.
—Polvo de sí descreído,
y en sí mismo se va arando.

—¿Qué anhela la tierra en la tierra?...
—¿Qué hurga en el barro su barro?
—¿Qué quiere del suelo su suelo?
—¿Qué quiere el sentido en el campo?

—Remueve, remueve tu tierra.
—Remuévela al son del verano.
—Te llegan pasiones de luces,
que en carne te van coronando.

—Remueve, remueve tu tierra.
Otoño te da el soberano
placer de la poma cumplida
en jugos de gustos y engaños.

—Remueve, remueve, si puedes,
las tramas de tu invierno árido;
ya tienes dolores de escarcha,
ya tienes herrumbre en el ánimo.

—Remueve, remueve tu tierra.
De nuevo ya te ha visitado
la flor del durazno que espera
llegar al fulgor del verano.

—Circula, circula en ti mismo.
—Circula en ti mismo tu campo.
—Tu campo de cinco sentidos.
—Tu campo tan tuyo y extraño.

Recitante.

Y al son del concierto de chispas,
y al son del fulgor concertado,
llegaban anuncios sublimes,
llegaba el ayer revelado.

El coro infantil de los siete resplandores.

—¿Quién es esa tierra en la tierra?
—¿Quién es ese polvo labrado?
—¿Qué busca en sus cinco sentidos?
—¿Quién es removiendo su campo?

—Yo soy soledad de mí mismo.
—Yo soy el que labra labrando
las raras simientes del cuerpo,
sintiéndome en mí desterrado.

—Yo soy la conciencia que espera
saber a qué vive esperando,
ceñida a mi cerco de olvido,
ceñida a mi cuerpo de barro.
Abajo me ocultan raíces;
arriba me sigue ocultando
la noche su reino de estrellas,
y sigo en mí mismo esperando.

—Camino caminos de huellas,
y siempre me voy caminando
los lindes de cosas ocultas,
y siempre despierto en mi campo.

—¿Qué hay en el seno del suelo?
—¿Qué hay más allá de lo alto?
—¿Quién fué que me trajo del tiempo
y me dió el campo ya arado?

—¿Quién anda detrás de mí mismo?
—¿A quién sigo, solo, esperando?
—¿Qué dice la voz de infinito,
que en nada me sigue marcando?

Gozaos, atisbos celestes;
los brotes se van despertando,
y miran la tierra lejana
situados arriba del árbol.

Gozaos, colores del fuego;
gozaos, colores hermanos:
el arco iris más bello
su gracia ya va despertando.

Recitante.

En torno al placer abstraído,
en torno al silencio del Santo,
los tonos del arco pacífico
rodaban sus luces danzando.

El coro infantil de los siete resplandores.

—Ya buscas hundido en ti mismo.
—Ya llegas zapando, zapando...
—¿Qué hondo tesoro se oculta
allá en lo indecible del campo?

—¡Qué cofre de inmensas presencias!
—¡Qué cofre de influjos sagrados!
—¡Qué cofre de amados misterios!
—¡Qué cofre de cielos amados!

—¡Ay, que este cofre no es mío!
—¡Ay, que es del dueño del campo!
—¡Ay, que recién me prevengo
que mi cuerpo está arrendado!

Tendré que comprar mi cuerpo;
tendré que comprar mi campo:
quiero ser dueño del cofre
que en mi cuerpo han sepultado.

—¿Quién me dará los dineros
para que pueda pagarlo!
Abrete, cofre divino.
—Abrete, cofre cerrado.

¿Quién abre el cofre divino
antes de haberlo comprado?
Nadie, nadie, nadie, nadie
podrá abrirlo sin ganarlo.

¡Oh, regocijo de gemas!
¡Oh, regocijo enjoyado!
Tres monedas se han caído
desde el tesoro a tu mano.

Tres monedas pequeñas,
tres moneditas rodaron
desde el cofre prodigioso
eternamente cerrado.

Hagamos el juego hermoso,
hagamos el juego amado
del hombre que vió el tesoro
en el linde de su campo.

Habla, conciencia dormida
en el hombre desterrado.

Recitante.

Y habló la conciencia despierta
ante el tesoro encontrado.

La voz de la conciencia.

Te he descubierto al azar,
te he descubierto buscando
la riqueza de mí mismo
en el fondo de mi ánimo;
y ahora que doy contigo,
sé que no poseo el campo
y que nunca serás mío
hasta que pueda comprarlo.

Te ocultaré, mi tesoro;
te ocultaré tanto, tanto,
hasta ganar mi terreno
de manos del Soberano.

Tengo sólo tres monedas
que de ti me han alcanzado.
Voy a vender mis riquezas,
para tenerte en mis manos.
Tesoro del bien oculto,
herencia del Soberano.

**El coro infantil
de los colores del iris.**

Las altas callejas del goce
se abren al cielo estrellado.
—¿Quién vende su trono de mundo?
—¿Quién vende su goce gozando?

—Rondad, ansiedades preciosas:
hay alguien que niega, ganando.
—Hay alguien que compra renunciando.
—Hay alguien que de sí va dando
la miel de sus frutos copiosos,
la miel de sus frutos dorados.
—¿Quién compra mis frutos de cuerpo!
—¿Quién compra mis flores del campo!
—Los cedo por pocas monedas.
Los doy como a mí me han llegado:
misterio y secreto, secreto y regalo.

—Y bajo el azul misterioso
de tantos misterios callados,

el hombre vendía el misterio
de sus bienes renunciados.

—Motivos de raras locuras
enlodan sus frutos de barro.
—¿Quién puede creer que los campos
los vende el Señor renunciando?

—Burlad al ingenuo que cree
que vende a sí mismo en el canto;
que deja las sedas felices
y extiende la voz mendigando
para ganarse talentos
ante el Señor de su campo.

—Pobreza. Pobreza. Pobreza,
tu esposo te va proclamando
con rimas de vivas renunciadas,
con metro de pasos descalzos.
¡Qué pocos le aceptan los dones,
qué pocos le dan un centavo,
y cuántos le roban las flores
que penden de sus harapos!...

Así, con tan pocas monedas
— con las tres que le han prestado —,
se presenta en plena noche
ante el Señor de los campos.

Y le canta en melodía
con versos arrodillados:

Recitante.

La voz de Francisco antiguo
aquí comienza su canto.

**La voz de
Francisco antiguo.**

No es que venga a descubrirte
la vida que nos has dado;
vengo a cantarte tan sólo,
con versos improvisados,
la bondad de tu eminencia
en el mundo que has creado.

La belleza de tus leyes,
la verdad que has denunciado
desde el andar de la oruga
hasta el trabajo del astro.
Te vengo a cantar mi goce
ante tu trono alabado,
y a traerte cuatro frutos
de la heredad de tu campo.
Son pobres frutos caídos,
son pobres frutos tronchados,
que tienen de ti, lo bueno,
y tienen de mí, lo malo.

Recitante.

El Señor de las estrellas
desde su goce nimbado
lo escuchaba complacido
como un padre acariciado
por la caricia del hijo
que lo tenía olvidado.

**La voz de
Francisco antiguo.**

Y por amor de tu mundo
te vengo a comprar el campo
que por tu piedad poseo
y por tu piedad trabajo.
Sé que vale mucho, mucho,
más que el misterio soñado.
Tengo tus tres moneditas
para comprarlo y pagártelo.

**Y dijo el Señor benigno
desde su trono aureolado:**

Sea tuyo el bien que quieres;
sea tuyo el amor amado.
Realiza tu voluntad
y sea benigno el hallazgo
que has encontrado en lo hondo
del secreto de tu campo.

Llévate tus tres monedas,
como firma del contrato
de lo que en bien me has pedido
y en bien te ha sido acordado.

**El coro infantil
de los colores del iris.**

¿Quién es más feliz que el loco
que va su fruto arrojando
ante el mundo de la usura,
mientras se vuelve a su campo?

¿Quién es más feliz que el loco
que va en la noche cantando:
—“Hijo del Señor del Cielo,
tú también eres mi hermano”?

Ya llegó al lugar escrito.
Llegó al punto señalado
de las sombras que le ocultan
el gran tesoro encontrado.

Ya escarba en la dura tierra
Ya llega al cofre cerrado.
—¿Dónde está la cerradura
del gran cofre sepultado?
¿Quién vió nunca llaves raras
para abrir sus cierres mágicos?...
¡Ay el tesoro escondido!

¡Ay el tesoro cerrado!
 ¿Cómo abrirlo, cómo abrirlo?...
 —¿Tienes las llaves del llanto?...
 —¿Tienes las llaves del ruego?...
 —¿Tienes las llaves del canto?...
 —¿Tienes las llaves del cielo?
 ¡Busca que busca, buscando!
 —A los pies del crucifijo,
 San Damián ha reparado.
 —A los pies de la Señora,
 en los ángeles signados,
 a Clara, eterna de votos,
 a Clara ha tonsurado.
 —Ya se ha abrazado al leproso,
 y ya al leproso ha besado.
 Ya se ha llenado de gloria,
 ordenándose en harapos.
 —Ya ha llorado en los rehenes.
 —Se ha vendido como esclavo.
 —Se ha arrodillado ante infieles.
 —Ante el sepulcro ha llorado.
 —Ha sentido la traición
 en el ideal logrado.
 —Ha peregrinado el orbe
 de la desgracia y del llanto,
 con tres monedas perennes
 en la bondad de su canto.
 —¡Y el gran tesoro escondido
 sin abrir, allá, en su campo!...

—Mercader de las renunciadas,
 ¿hasta dónde has renunciado
 la conciencia de ti mismo,
 para abrir el cofre ansiado?

—Mercader de las penurias,
 ¿hasta qué punto has logrado
 sembrar en tu propio suelo
 el dolor de tus hermanos?

Recitante.

Y así seguía la ronda,
 y así seguían rondando
 los resplandores del iris
 en su canto iluminado.

Sigue el diálogo de chispas.
 Sigue el acuerdo alternado,
 en alternancia de voces,
 en presteza concertado.

Vaporosas resonancias
 de colores deslumbrados
 trazan su iris sereno
 sobre el arrobó del Santo,
 y por milagro de ensueño
 en flordelises intactos

aparecen derroteros
de ángeles arrobados.

Y así siguen los rondeles
en resplandores signados.

**El coro infantil
de los siete resplandores.**

—Fué después del Querubín.
—Después del Crucificado.
—Después de la boda extraña
del paraíso y del llanto,
que por gracia de la lágrima
se abrió el gran cofre cerrado.

—Siete semillas eternas.
—Siete gérmenes sellados.
—Siete secretos fecundos
lo dejaron deslumbrado.
—No pudo tocar ninguno.
—No pudo ver en su mano
la riqueza de lo eterno
que estaba dentro su campo.
—Rodaron por los confines.
—Por las conciencias rodaron.
Cayeron por las vertientes
de los dolores callados;
se hundieron en las heridas

de los suelos roturados,
y se vió signado el cuerpo
por el Amor del Amado.

—Cantad el goce perfecto
y el triunfo regocijado
del hombre que vió el tesoro
en el confín de su campo,
y vendiéndose en el todo,
vió la verdad del milagro.

—Siete árboles eternos
sus lágrimas han regado.
Siete árboles sublimes
hasta el cielo se han alzado,
por valor de tres monedas
que el Señor le ha regalado.
Mirad las claras efigies,
leedlas por todos lados.
En la una dice: **CREE.**
Cree en el todo esperando,
dice la otra; y la última:
Cree esperando al Amado.

—Un hombre tenía su tierra.
—Un hombre tenía su campo.
—Porque él lo quiso, queriendo,
el mismo Dios lo ha labrado,
y le ha surcado la sangre,

y lo ha dejado llagado,
ante el goce de sí mismo,
en su misterio vendado.

—Venid, silencios augustos.
—Venid, secretos sellados.
—Venid, misterios ocultos.
El hombre deja su campo,
con siete copas frondosas,
con muchos frutos amados,
con muchos nidos de paz
y muchos bienes donados.
Ya muchos podrán decir:
Tú también eres mi hermano.
—¡Tú también eres mi hermano!

Recitante.

Por encima del paciente
el círculo se ha formado,
con esplendores de espíritus
volando en el aire diáfano.
Los siete dones eternos,
en un efluvio cromático,
como una rosa del goce
palpitan en el espacio.
Y es tan santa la armonía,
y es tan visible el milagro,
que el orbe, en paz, se detiene,
para poder contemplarlo.

VI. - EL ADIÓS SANTO

Recitante.

Con las campanas del Ave,
los seis monjes han llegado
con viáticos de piedad,
para conducir al Santo
hacia los nuevos hospicios
que al Amor lo van llevando.

Como un ala del silencio
que bajara del espacio
desde una piedad de altura,
Clara ya está a su costado:
eterna flor del secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

Es la verdad del adiós
de quien, llegando al Amado,
debe en amor despedirse
de su amor más bienamado.

Por arriba del secreto
ya el Círculo se ha aquietado,
como poniendo al adiós
el paraíso esperado.

La intimidad de las voces
vibra en un soplo tan santo,
que se diría que nadie
estuviese dialogando.

Solos en la soledad
del fervor más consagrado,
Clara y Francisco de Asís
en Dios se van contemplando.

Desde su clara ceguera,
le dice a la Santa el Santo:

Francisco.

Ya ha llegado hasta su extremo
la ruta del pie descalzo.
Hasta aquí seguí la cruz
con la plegaria y el canto;
ahora llega el momento
de hacerlo todo callando.

Ahora seré tu igual.
Pondré silencio a mi labio,
para oír la certidumbre
del corazón del Amado.

Clara.

Habrán rumbos de misterios
que hasta hoy no han comenzado.

Francisco.

Hay tantos, tan infinitos,
más allá de lo esperado,
que todo queda en vacío:
lo cierto y lo sospechado;
ya que el comienzo de Dios
goza en lo jamás gozado.

Mensajero del aire.

Seguid plantando retoños
en los vigores del Arbol;
el cielo dará destinos
de racimo, espiga y pámpano.

Otra voz.

Ella es la espiga cumplida
que el Sembrador ha sembrado:
ya ha dado su mil por uno
en el sacrificio humano.

Otro mensaje.

Vid de la Vid más antigua,
el Señor te ha vendimiado,
y está destilando el vino
para tu festín sagrado.

El narrador.

Los dos oyeron las voces,
sin percibir lo enunciado.
Francisco reinicia el tono
de su secreto más santo.

Francisco.

Encina de mi esperanza.
Vid de veinticuatro ramos.
Clara, mi escudo y mi dama:
te entrego mi último canto.

Por encima de la torre
el alma se ha perfilado;
tiene en sus entrañas vírgenes
la virginidad del creado.

Clara.

El alma estaba en su Edén
antes que hubiese pecado.
Si queda en su paraíso,
podrá esperar al Amado.

Francisco.

Bajando cuestas de vida;
descontando y descontando
la desobediencia inmensa

del dolor de los hermanos,
llegará a la Puerta sola,
a la Puerta del Llamado.

Clara.

Que lleve la luz más bella
en la bondad de lo obrado,
y lleve un mundo de lágrimas
en la piedad de los párpados;
que lleve hecha mil jirones
la riqueza de su manto,
y la hondura de mil zarzas
acusen su andar descalzo;
que lleve sendas piadosas
consumidas en los claustros
de desvelos y plegarias
y de sacrificios castos.

Francisco.

Evadida de la torre,
el alma se ha perfilado:
tiene en sus entrañas vírgenes
la virginidad del creado.

Y en la hora nunca dicha
llegará el anuncio alado,

el anuncio incomprensible,
el anuncio inesperado.

Luceros de lo imposible
se le pondrán a los lados,
como sellos de las leyes
confirmadas en lo alto.

¿Qué es lo que dice el anuncio
al corazón desterrado,
al espíritu que ambula
en sentidos despatriados,
lejos del Padre supremo,
lejos del Verbo, su hermano?

Clara.

Le dice el Ave piadoso,
le pide el huerto cerrado,
le pide el concurso virgen,
le pide el amor callado;
en cada acto, una cruz;
en cada acto, un candado.

Las voces aladas.

La flor se encierra en sí misma,
tejiendo su propio paño,
y va tramando el gran velo
para el trono del Amado.

Francisco.

Pero el alma preferida,
en su entraña se ha turbado.
¿Qué la sorprende, si al fin
vive por ver el Amado?
¿Por qué trepida ante el signo
sublime del gran llamado,
y se sorprende en sí misma
de verse en lo deseado,
suspensa en la gran ventura
de estar en lo que ha esperado,
al ser motivo de cielo
ante el mensajero alado?
¿Por qué se enoja en silencios?
¿Por qué se goza en el llanto?

Clara.

Siete sellos del Edén,
en gracias de lo increado,
lleva el alma prometida
para el misterio del tálamo.
Siete círculos angélicos,
siete círculos bordados
por las potencias aladas,
tiene la fe de su manto.
Y en la corona más fina,
en el lucero más alto,

está la alta inocencia
que en ti ya ha lucido tanto.

Las voces aladas.

¿Qué sabe la flor de sí,
ni de su signo aromado,
tramando rutas de ensueño
para el velo del Amado?

Francisco.

¿Qué sabe el alma de sí,
en su misterio sellado,
buscando el misterio vivo
del corazón del Amado?
Trepidación de inocencia
ante la voz del llamado,
el alma es la flor sin nombre
ante el sol iluminado;
el alma es la gota breve
ante el cielo inconfinado;
el alma es un fiel suspiro
ante el infinito campo.
¿Qué podrá decir de sí,
ante el fulgor del llamado,
pidiendo el concurso virgen,
pidiendo el huerto cerrado?

Clara.

El alma dirá: “Obediencia
ante el Ave señalado”,
y en voluntad de su olvido
dará al tiempo arrodillado
fecundidad de misterio,
vientre al misterio sagrado,
y echará a la luz un hijo
por el cielo fecundado.
El alma dirá: “Obediencia
para el consentido pacto”.

Las voces aladas.

El fruto se queda atrás
cuando lo arranca la mano,
y sigue siendo esperanza
en la riqueza del Arbol.

Francisco.

Pero no debe saber
el motivo del llamado.
Tiene que darse en amor
al pedido del Amado;
confianza de las confianzas,
certidumbre en lo confiado,
y perfecta fe celeste
en el celeste llamado.

Y el llamado le dirá:
"El Espíritu ha bajado
hasta el umbral de tu amor,
para sus motivos santos.
Serás su viva morada;
serás su huerto sagrado;
serás el bien de tu bien,
siendo el amor del Amado.
Mas te cubrirá la Sombra
de la Virtud de lo Alto,
hasta que se cumpla el tiempo
del secreto iluminado.
Serás sombra de ti misma
— alma del huerto sellado —;
serás Sombra del Espíritu
de la Virtud de lo Alto.

"Ya no verás tu misión;
ya no sentirás tu canto;
serás la sombra en la Sombra
de Dios que está fecundando."

¿Qué le dirá el alma al cielo,
ante el futuro anunciado?

Clara.

Le dirá la sumisión
del amor más voluntario;

se entregará a su misterio
con el fervor del abrazo,
y será la Sombra limpia
de la Virtud de lo Alto.

Las voces del misterio.

Dejad a la flor y al fruto
felices en su verano:
los ángeles segadores
harán guirnaldas y ramos.

Clara.

Será un consciente abandono
a lo perfecto entregado,
con voluntad de ser Sombra
de la Virtud del Amado.

Francisco.

Y ese consciente abandono
nos debe dejar cegados,
como los ojos felices
por el sol de Dios quemados.
No podrás llegarlo a ver,
si sigues viendo a tu lado
la vida inmensa que pasa
en el bien de lo creado.
Sombra sumida en la Sombra
de la Virtud del Amado.

Coros de dulzura.

Ya de las ramas caían
penumbras sobre los pastos,
y un anuncio de violetas
planeaba en el aire diáfano.

Clara.

La voz del amor antiguo
dice al anuncio preclaro:
Fiat mihi secundum verbum tuum...

Desde un coro de inocencia cantaba la voz del claustro:

Danzad, gacelas divinas,
junto a las aguas del Santo.
El Cazador os reúne,
feliz, en el mismo lazo.

El narrador.

Con su piedad de silencio
llegaron los seis hermanos,
y en angarillas de ramas
acomodaron al Santo.

Clara se acercó solemne,
con su espíritu cruzado
en la palabra perfecta
que le cruzaba los labios.

Clara.

“Y ese consciente abandono
nos debe dejar cegados,
como los ojos felices
por el sol de Dios quemados.
No podrás llegarlo a ver,
si sigues viendo a tu lado
la vida inmensa que pasa
en el bien de lo creado.
Sombra sumida en la Sombra
de la Virtud del Amado.”

El narrador.

Era la última voz
del adiós en Dios sellado.
Abrió los ojos piadosos,
y poniéndolos en alto,
hizo una cruz de silencio
en el azul consagrado.
Sonrió con lenta ternura
hacia el bien más entrañado,
y se quedó suspendido
en el amor del Amado.

Una voz del secreto.

Serafines pasajeros
lo admiraron de lo alto,

y el de luces más brillantes
dijo en tono sacrosanto,
por sobre el iris de glorias:
“Me quiero volver al Santo”.

Y el orbe sigue en su paz,
quieto en su luz y rezando,
sombra sumida en la Sombra
de la Virtud del Amado.

El cronista.

Ya lo llevaron, piadoso,
sobre un consuelo muy plácido;
sobre cruces de silencio,
en el azul consagrado.

Una voz del secreto.

Como un ala de silencio
apoyada en el espacio,
desde su sombra de altura
Clara lo está contemplando:
perfecta flor de secreto
latiendo en un solo pálpito,
que, siendo de ella y de él,
tiene raíz en lo alto.

Y en lejanas claridades
se duerme el mundo, cantando:
“Preciosidad del Amor,
azul de azul perfumado,
hundido en tu mismo azul,
azul azul te has quedado”.

ENVÍO

A Santa Clara, Paloma de Plata

Alta surgente fiel de la blancura.
Agua en la paz dormida de su nieve.
Luz que al lucir transita y no se mueve.
Lirio menudo que al morir perdura.

Secreto blanco de la criatura
que al propio Creador, feliz, conmueve,
y hace que el Angel de la Luz la lleve
hasta el encanto de la gracia pura.

Enséñame el regreso que te impele
hasta el efluvio de la transparencia;
y ese enojarse en goces de abstinencia
sin que el instinto su pasión rebele,
y en la blancura de la Providencia
escriba el Verbo el bien que en Amor suele.

A Santa Clara, Hostiáfora

Eternidad en el placer menudo
de la pequeña Forma amanecida,
que abunda en transferencias de una vida
sobre el azul del universo mudo.

Totalidad solemne del escudo
de la pequeña Hostia consumida,
que defiende a la Vida de la vida
y nos transmite al biennacer desnudo.

Fuerza de la debilidad que se sustenta
en la fuente de luz inmaculada.
Raíz a las alturas consagrada
en fruto que en la gracia se acrecienta,
déjame ser motivo de tu nada,
y que en la nada mía a Jesús sienta.

Homenaje septicentenario a

SANTA CLARA DE ASIS

de la

Provincia Franciscana

de la Asunción del Río de la Plata

OBRA FRANCISCANA PAX ET BONUM

Rivadavia 4879

Buenos Aires

República Argentina

Esta "Balada"
se terminó de imprimir
el 31 de julio de 1953
en las Escuelas Gráficas
del Colegio Pío IX,
Don Bosco 4002,
Buenos Aires.